

IMAGEN DE UNA CIUDAD

Carlos Justo Sierra*

Campeche es una ciudad por la que han transitado ilustres viajeros que dejaron huella de su paso en las páginas de diversos libros y periódicos. En el siglo XIX la visitaron europeos y estadounidenses cuyos relatos contribuyeron de manera importante a forjar una visión plenamente romántica, cercana a la ficción. Llama la atención que esto se haya logrado a partir única y exclusivamente de la palabra escrita, pues no fue hasta mediados de la década de 1840 cuando se dieron a conocer al mundo las primeras imágenes de Campeche. Gracias a los dibujos que acompañaron la obra del viajero sajón John Stephens, firmados por Frederick Catherwood, la península alcanzó una dimensión internacional, principalmente las viejas ciudades mayas con sus pirámides. Consideramos que la primera ilustración de la ciudad de Campeche fue la litografía que apareció publicada aproximadamente en 1850, ofreciendo una vista del muelle de la puerta de mar, desplegándose un segmento de la muralla, a cuyo pie descansaban las aguas de la tranquila bahía. Una reproducción de la mencionada litografía se encuentra en la historia de las fortificaciones que escribió y publicó el general e ingeniero militar Miguel Sánchez Lamego en 1932. Recientemente fue impresa, esta vez en la *Breve historia de Campeche*, editada en 1998 por el Fondo de Cultura Económica.

* Historiador. Autor de *Breve historia de Campeche*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1998. Director del suplemento cultural *Pleamar* del diario *Crónica de Campeche*

A partir de esta litografía, la vista de Campeche desde el mar o a orillas del litoral enriquece no solamente la imaginación, sino que nos acerca a la dinámica de una ciudad más que cuatricentenaria, que ha ido recogiendo el tiempo en el reloj y conserva el testimonio de su historia; sus centinelas son el castillo de San Miguel a un lado y San José el Alto al otro extremo. Distinguida por los restos de sus fuertes y lienzos de piedra, la ciudad ha ido transformando su vitalidad con base en tres monumentos característicos de su calzada junto al mar: el monumento al indígena, que significa el resurgimiento en el presente de un lejano pasado; el monumento a la cultura, en la representación de la estatua consagrada a Justo Sierra Méndez, y el reconocimiento como vocación a la independencia en la silueta de Pedro Sáinz de Baranda, marino con aires de Trafalgar y prócer industrial.

Residencias que reflejan la pátina del tiempo, la herrumbre de los años como producto de la caricia de un oleaje tierno pero al mismo tiempo irremediable en la erosión provocada por su naturaleza. El escenario de fondo son las siluetas de un breve lomerío en cuyo regazo se despliega la ciudad, aquella de olores añejos que se mira y se admira como el centro histórico, patrimonio de propios y extraños, cuyas portadas exhalan color y circulan, por decirlo de algún modo, alrededor de la espléndida catedral citadina, ropaje espiritual de torres como agujas que miran al cielo azul de día, iluminando en el tiempo nocturnal con el capelo del infinito cosmos.

El malecón tiene varias características, entre ellas la de ser una vía que permite un rápido traslado de principio (Lerma) a fin (salida hacia Mérida) de la ciudad; corriendo junto al mar, tiene amplios espacios especialmente dedicados al uso peatonal: personas que caminan, una ruta para corredores a pie y otra para bicicletas. Aparte de su modernidad tiene una longitud considerable que va más allá de los diez mil metros, lo que constituye uno de los más largos y hermosos de las ciudades costeras, considerando que este malecón es una ruta de esparcimiento construida para los habitantes de la ciudad y de la que disfrutaban los visitantes en los atardeceres, cuando el disco solar penetra en el horizonte marino, tarde tras tarde, con una belleza sin comparación.

Ciudad-capital, resume brisas portuarias de un tiempo cálido, donde palmeras, árboles de almendra, flamboyanes, maculixes de flores lilas, como un campo etéreo de las florecillas de lavanda, marcan e ilustran un itinerario cubierto de historia y espejismo; igual circula o transita la barcarola del pescador, que se yerguen sus azules torres de cristal, el más moderno edificio constituido en vigía silente, así como un monumento a Benito Juárez, que parece observar, desde lo alto de la serranía, cómo se desarrolla y vive un pueblo para el cual él firmó el decreto que lo convertía en un estado de la República mexicana; así, la ciudad de Campeche es orilla y corazón, aire y vendaval, armadura y esperanza en la línea marina del Golfo de México, donde el tiempo va navegando con ruta a la incógnita del porvenir, que siempre esperamos más promisorio. ●

